Y ahora, paciencia querido,

Ni modo; acordate que la

paciencia es cosa grande, y

ante todo, tenés que dejarte

de hacer o no impaciente*. Finnegans Wake*,

p. 108 (Traslado argentino).

*Hace un año que puse término* —*aunque no muerte sin fin*— *a este libro de entrevistas imaginarias que aparece bajo el título ASTUCIAS LITERARIAS. Corrigiendo sus prueba de galera se me han ocurrido, naturalmente, muchas variantes, alteraciones de estilo y de ideas, reparos e insatisfacciones que no pueden ya figurar en esta edición de inminente juicio público. Ahora me doy cuenta cabal de que en mis reflexiones críticas me muevo constante e indecisamente, entre la preferencia por los lugares comunes, por las ideas recibidas o heredadas, como las llamaría Gustavo Flaubert, las frases típicas que diría José Lezama Lima, y la estimación por una prosa llena de sorpresas, de juegos de palabras, calambures y aparcamientos dentro de un vocablo, o de una proposición, con elementos que “braman” de verse juntos.*

*No pretendo destacar pues, en esta última ojeada a las planas del libro, lo que albergan de alegatos clásicos o modernos en favor de los lugares comunes. Más bien quiero aprovechar este breve espacio, casi de colofón, para insertar un minitexto* —*traducido por mí*— *de James Joyce. Se le encontrará, a quien sepa buscarlo con suerte o mal pecado, en el FINNEGANS WAKE. Dice así, a mi letra, salvo las que quiten o añadan lo correctores:*

“El *prustito* que inventará una escritura allá lejos, en el final de los finales, será un poeta más erudito aun que aquél que descubrió la lectura como pillaje, allá, en el comienzo de los comienzos. Tal es la escatología a la que nos empuja nuestra *terribiblia* con sus, una y otra vez, *calambumierdas*. Lo que no se puede escribir, se puede escupir, si un *oreojo* de porqué *porqueces* no llora por el ajo. Por hoy, la doctrina es que tenemos una cauda ocasionante que causa efectos y afectos que ocasionalmente recaudarán contraefectos”.

*Las palabras que he subrayado:* prustito, terribiblia, calambumierdas, oreojo, porqueces, *son formaciones lingüísticas deshabituales pero tan plenas de alusión, condensadas y compactas, que aun en los sosos juegos de palabras en que se engastan, resultan de una evidente transparencia heredada. Enfrentados a párrafos de esta naturaleza, un instinto pragmático lleva a preguntar para qué sirven, olvidando justamente que su cifrado, nada enigmático, da de por sí más perentoria y persuasiva de su utilidad. En vez de prustito —por ejemplo— hubiésemos podido decir mocoso, aunque dejáramos fluir moqueando sin remedio el tiempo perdido, y a Proust que con su asmático prurito intentó recobrarlo. ¿Para qué forjar* terribiblia *si con torrentera cotidiana de muertes asiáticas hemos hecho del mundo más que una residencia en la tierra el abono atómico de sus desiertos? Los calambures, se arguüirá, ¿no son ya de por sí lo suficientemente deyectos como para que todavía emparentarlos a los detritus de los hombres y de los animales? La educación audio-visual de los* oreojos *nos dociliza cada día más, y entre estos chanchos, cerdos y puercos sobrados andamos de* porqueces*. Sin embargo, el enorme peso específico de estas creaciones híbridas avisa (por lo menos a los que escuchan las inspiradoras etimologías de Sebastián de Covarrubias y de Ezra Pound), que por estos rumbos del universo en contradicción, el humanismo literarario se aproxima a su condición “vergonzante” de que hacía gala irónica en sus obras Thomas Mann. No atino, tras lo dicho, a comprender que mi maestro Jorge Lukacs haya divorciado, como cuestión de principio, a Joyce de Mann.*

*La saludable inaccesibilidad de la literatura actual; su alejamiento de la maligna hipocresía del aforismo de Saint-Beuve —citado por don Mariano Azuela como clave de su estudio sobre CIEN AÑOS DE NOVELA MEXICANA—: “Amo los libros verdaderos, los que son lo menos posible libros y lo más posible hombres”, expresa la creencia opuesta a la que sustenta mi ensayo sobre las ASTUCIAS LITERARIAS. Ya he dicho en el prólogo que entre más rastreo al hombre en los libros más encuentro al libro en los hombres. El extrañamiento popular de la literatura actual es el resultado de las repetidas torturas policíacas que no permiten se desvanezcan las viejas imágenes sobre qué es el hombre; sólo completo cuando lo asumimos cargado con todo y sus letras, con sus juegos de lenguaje. Hoy más que nunca percibimos que el ser humano es también unidimensional por haber reprimido sus idiotismos lingüísticos; que se ahoga en situaciones conflictivas eliminables mediante una dicta literaria adecuada, para dejar, por fin, de ser* unano*. En términos más claros: el lenguaje de la sociedad de consumo ha consumido, sin consumarla, la imagen del hombre, la ha contrahecho.*

*McLuhan se aferra a la audacia heroica de recomendar que, dado nuestro paisaje humano erosionado, no hay más camino de salvación que “el sonido y la furia”. El FINNEGANS WAKE es el libro de los diez truenos. Cada uno de ellos es un criptograma o explicación cifrada de los cambios tecnológicos mayores ocurridos en la historia humana. Tenemos que adaptarnos al mundo tan cariñosamente como lo estábamos a nuestra aldea. Cuando el miembro de una tribu oye un trueno pregunta “qué quiso decir esta vez?”, pues está acostumbrado a concebir que este presagio tiene su pregnante sentido, no sólo expresivo, como nosotros que exclamamos ¡salud!, si alguien estornuda en nuestra cercanía.*

*Me he extendido sobre este asunto de una literatura bronca, con sus correspondientes astucias sin recuerdo ni clasificación posibles, para que mi eventual lector no se rinda al desalentador aforismo: “ Siempre estamos preparados para entrar victoriosos en la guerra inmediatamente anterior”. Instalados por retórica impuesta en una “gesticulación macroscópica”, la literatura espera que nos alleguemos a ella con las exigencias inocentes de un análisis milimétrico. El siglo XIX nos legó argumentos monumentales de guerra y de paz; en el último cuarto menguante del siglo XX, andamos apenas familiarizándonos con el pedacismo literario. Cuando una escritura tradicional desaparece, deja el rastro de un dolor fantasma, como cualquier amputación orgánica; pero hoy sabemos que no existe más que efímero que la belleza, según Proust.*

*La innovación, la ruptura, se nos ha hecho más patente que la continuidad, y esto nos lastima y destantea. ¿Terminaremos el siglo sin atinar a comprender que el hombre de la Humanidad importa más que el dolor que ha dejado una historia que nos corresponde desenterrar para que responda de sus malversiones? Cien años de novela, cien años de soledad. Consentir el arte sin “smog” de nuestros contemporáneos, es la mejor manera de airear el ambiente para transformarlo, haciéndolo unánime y no solitario. Paulatinamente nos aproximamos a la convicción de que una literatura mundial, como la que soñó Goethe, es por necesidad apocalíptica: “En sus últimos años perdió completamente la ignorancia”. Nuestra era de comunicaciones electrónicas ya no permite imaginar siquiera que la ubicuidad es un privilegio teológico, sino humano y literario.*

*Los artistas más conscientes de lo que pasa en nuestro mundo, predican a todas horas que sus libros son eso,* libros*, y no desnudeces humanas, salvo lo que éstas tienen de gentileza lingüística. Experiencias de comunicación, de comunión en la palabra, de colaboración en la lectura, son otros tantos síntomas de que la escritura no parece estar ya dispuesta a dejarse confundir con inútiles y estorbosas servicialidades a empresas humanas que se tienen que presentar sin el prestigio o desprestigio de los juegos de palabras. Y me evado de estas galeras ya que, alargando su condena, recuerdo vivamente lo que Sebastián de Covarrubias define de la mariposa: “el más imbécil de los animalitos que pude haber”, pues, “díjose mariposa,* quasi maliposa, *porque se asienta mal en la luz de la candela donde termina por quemarse”.*